

Sobre cada hecho, pues, confluyen tiempos distintos, utilizando un contrapunto entre el ayer (Barranquilla) y el presente en que se efectúa la escritura (París). El pasado se explica por "una especie de alquimia secreta entre los hechos, formada de reacciones minúsculas y asociaciones imprevistas" (pág. 167), alquimia cuya fórmula se estudia apelando a las teorías de Freud, Nietzsche, Engels, Reich, lo que le da al discurso, en estos apartes, un tono académico.

Estas sutilezas e intertextualidades reflejas están bien manejadas: Marvel Moreno no trata solamente de pintar o recrear un mundo: trata de comprenderlo. Lo evoca con nostalgia. Lo explica con erudición y lo critica con una mezcla de ternura y odio. Pero allí no termina la faena: el juicio final, como ocurre siempre, tendrá que ser hecho por el lector.

ALVARO PINEDA BOTERO.

Con trino

Toche bemol

Joaquín Piñeros Corpas.

Editorial Plus Ultra, Buenos Aires, 1985, 50 págs.

No tuve infancia. La perdí leyendo los libros que no tocaba en el momento en que no debía. Quizá por ello la voy recuperando ahora a través de libros como el de Joaquín Piñeros Corpas, editado en Buenos Aires por la Editorial Plus Ultra, como número 1 de su serie Leer e Interpretar, ilustrado con acuarelas de María Elena Ronderos de Ungar. Se llama *Toche bemol* y es la historia de un pájaro colombiano que aprendió a cantar bambucos.

Curioso destino el de los libros, casi tan curioso como el de los hombres. Conocí a Joaquín Piñeros Corpas en Bogotá como un señor serio y grave, que siempre usaba corbatín y chaleco, y que parecía dirigir entidades tan intimidantes como fantasmales. ¿Qué

otra cosa si no podría ser el Colegio Máximo de las Academias, donde una tarde me recibió, en atmósfera venerable de manuscritos e infolios de nuestros próceres históricos e incluso de nuestros próceres literarios, aun más venerables? Vi así al Piñeros Corpas difusor cultural. Ahora, varios años después de su muerte (28 de mayo de 1915 - 31 de agosto de 1982) me he encontrado con el escritor.

Como buen conservador, Piñeros Corpas creía en la tradición. Una tradición que en nuestros países, jóvenes y precarios, parece siempre incipiente: basta pensar que sólo ahora se van a cumplir quinientos años del descubrimiento de América. Quizás por ello Piñeros Corpas se fue mucho más atrás, y en una obra como *Fomagata* (Bogotá, Banco de la República, 1979) trató de reconstruir la vida de los indios en las postrimerías del reino muisca, apoyándose en los cronistas: aquellos fray Pedro Simón, Lucas Fernández de Piedrahíta y Juan Rodríguez Freyle que le dan respaldo documental e imaginativo para fabular una historia al alcance de todos, y de los niños principalmente.



Podemos reconstruir así su itinerario espiritual, que lo llevó a realizar *El libro del nuevo Reino. Visión de Colombia* (Bogotá, Editorial Voluntad, 1966), un breviario bilingüe de introducción al país, como su *Breviario colombiano de la naturaleza* (Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1967), donde poemas colombianos, ilustraciones de Margarita Lozano y fábulas de Piñeros Corpas se integran para continuar buscando las raíces de nuestra nacionalidad. El trasfondo campesino idealizado en moraleja ejemplarizante. Hecho curioso: estas

búsquedas no se apoyaron sólo en la letra impresa. Apelaban siempre a los dibujos, sea en blanco y negro o en color, o a la música, una de sus obsesiones.

¿Qué música oyó Bolívar? ¿Qué aires acompañaron sus batallas o secundaron sus bailes? La pregunta era buena, y Piñeros Corpas la respondió fonográficamente, como debía ser.

Si la cultura no es todo, no tiene ningún sentido. Ella va de la naturaleza a las ciudades, y de la comida al vestido. A esa obra de recuperación global dedicó Piñeros Corpas su entusiasmo. Pero preservar monumentos y tradiciones sin conferirles la calidez viva de las nuevas miradas no tiene mucho sentido. Por ello decidió popularizarlos por medio de fábulas, leyendas, cuentos escénicos o novelas de ambiente provinciano. Algo de maestro había en él, de abuelo que cuenta para sus nietos narraciones legendarias. Buena parte de su producción literaria está marcada por tal propósito didáctico. Y por el otro: el de la recuperación de las raíces ancestrales. Uno de los capítulos de *Fomagata* se titula precisamente "Necesidad de patrio arraigo". Tal lo que iba a hacer con su aire de pedagogo regañón y muy católico.

Si refiriéndonos ahora a *Toche bemol*, y en forma por demás arbitraria, redujéramos sus diversas parábolas a la más pedestre e insignificante, veríamos cómo ésta no sería otra que la muy recomendable de exhortar a los niños para que no maten pájaros, disparándoles con caucheras. Pero no. *Toche bemol* es algo más. Es la concreción, en la esfera literaria, de un propósito que caracterizó a los hombres de su generación, y más de cerca a sus compañeros de promoción literaria, encabezados por el también fallecido Eduardo Carranza. ¿Qué buscaban ellos?

Quizá, como José Joaquín Casas, volver al terruño para desde allí exaltar la patria. Cantarla, enamorarse de ella, crearla aun más espiritual y bella de lo que era, envolviéndola en trinos y metáforas. Era, como se ve, una empresa ilusionada. Una empresa que la realidad parecía contradecir, paso a paso: emigración campesina a

las ciudades, violencia constante en los campos. Detrás de ella, sin embargo, continuaba fluyendo el río azul de Carranza y las rosas y el trigo de Jorge Rojas. Sí, ellos le cantaban a Colombia bajo la forma de muchacha siempre joven. No sé si todo ello sea muy real, pero sí sé que era muy sincero: creían en un país utópico que se estaba volatilizando delante de sus propios ojos. Curioso, entonces, el destino de los libros, que ahora continúan aquí hablándonos, en la Argentina, con el lenguaje de Piedra y Cielo.

Porque el libro, destinado a los niños de las escuelas argentinas, trae consigo "el canto del toche y el perfume de las chirimoyas", que son las insignias del valle de Tenza. Pero no sólo ellos: también exporta, más allá de las fronteras patrias, el sombrero de jipa y el pañuelo raboegallo, adornados los primeros con ramitos de mortiño o quereme. También de cómo todo gavilán tiene su cirirí, ese pájaro atrevido que causa mortificación incluso a las aves de más poderoso pico.

El libro, realizado con gran rigor didáctico, en su vocabulario explicativo, a cargo de Ione de Sierra, pone a viajar no sólo al mencionado Toche sino a muchos otros, de todo tipo y condición. Pero no solo pájaros: también flores, frutas, paisajes y peripecias, que se nos van dando a través del inconfundible estilo "pedraccielista" de Piñeros, como cuando afirma "la pomarrosa parece la equivocación del rosal que en vez de rosa dio fruto". O como cuando, describiendo oficios de las flores, sugiere que el de "la cananga quizás sea fabricar marco de aroma a la ventana".

Han pasado veinte años desde que Joaquín Piñeros Corpas escribió este relato, y no estoy muy equivocado al decir que ahora ha cobrado, tristemente, una significación mayor que antes. Si el rótulo no sonara tan horrible, podríamos decir que es uno de los primeros libros ecológicos realizados en Colombia. En él está toda la bulliciosa algarabía de nuestra naturaleza, sus colores cálidos y sus perfumes que nos han marcado, sin necesidad, por cierto, de limitarnos a uno solo: al célebre olor de la guayaba. Los aromas campesinos de

Piñeros tienen que ver con las altiplanicies de Boyacá y Cundinamarca, y no son menos gratos. La mora, el mango, la curuba y el maracuyá, y tantas otras frutas que se vuelven agua en la boca, de sólo mencionarlas.

Por ello, lo significativo del libro no es la trascendencia universal de su fábula sino el marco local que la engloba, dándole valor y sentido propio. Es tan banal decirlo, pero no sobra recordarlo: lo universal brota del cabal reconocimiento de lo local. El pasado recobrado es la única manera de triunfar sobre la muerte. "Tu canto es otro toche que se te escapa por el pico y se posa en una rama de la vida, medio tono abajo de tu corazón": con estas palabras, tan líricas, el toche maestro elogia a su discípulo, al concluir su aprendizaje de canto. Humano y religioso, moralista y poético, alegórico y alegre: el libro concentra un vasto cosmos.

Con sus innegables valores pedagógicos, realzados por esta cuidadosa edición, con su copioso vocabulario explicado, y la bondad de las ilustraciones que lo acompañan, el Toche Bemol prosigue su vida, entre lectores argentinos, en primer lugar. Nosotros, los que no tuvimos infancia campesina, por desgracia, podemos recuperarla, colándonos en estas páginas, entre yarumos y quiches, mohanes y azulejos, para disfrutar así, en versión para niños, de un auténtico breviario de la naturaleza colombiana. El cuento es incesante: "Había una vez, hace mucho tiempo, en tierras del valle de Tenza, en Colombia, un Toche Bemol". Por ello, con razón se ha reeditado en Buenos Aires.

J. G. COBO BORDA.



Disección de la sociedad

¿La sociedad de la mentira?

María Teresa Herrán

Cerec-Oveja Negra, Bogotá, 1986, 248 págs.

La primera pregunta que nos asalta tras la lectura de este inquietante libro, sugerida por la necesidad inapelable de enmarcarlo dentro de algún molde, sería: ¿Qué tipo de obra es esta? ¿Sociológica? ¿Periodística? ¿Política? ¿Jurídica? ¿Económica? Nos quedamos un tanto perplejos ante la duda. Y es que la respuesta no es simple, pues el libro trata de todo un poco.

Frente a la misma cuestión, la autora, la conocida abogada y periodista María Teresa Herrán, ha vacilado. Cuando el historiador o el sociólogo del futuro quieran saber qué caracterizaba hacia 1985, hacia fines del siglo XX, a la sociedad colombiana, podrá formarse una imagen muy acertada si consulta *La sociedad de la mentira*. Este es un claro argumento en favor de un encuadre "sociológico". Por otra parte, un tratamiento ágil y un lenguaje un tanto popular tienden más hacia el lado del periodismo. Si, como lo ha dicho Borges, con acierto o sin él, el periodismo es literatura para el olvido, en este caso en particular la periodista ha desbordado los límites estrechos de su oficio, adentrándose en algo acaso más serio, vale decir, perdurable como testimonio para el futuro. El tema tal vez justifica un tratamiento más científico en otra oportunidad, ganando con ello en profundidad, como es el deseo de la autora para próximos trabajos, aunque quizá se pierda un poco de la frescura que conlleva un enfoque como el presente.

El libro, como todos los que señalan una nueva ruta, puede parecer superficial. Intenta abarcar, con miras a probar una tesis, tantos aspectos de nuestra vida cotidiana, que no alcanza a profundizar en ninguno de ellos, diluyéndose en una vasta amplitud que tan sólo aspira a trazar algunas